FL 03 67

Lengua y literatura griegas, guión número 4. La tragedia griega, Eurípides. La tragedia griega, Eurípides. Eurípides nace en el año 485 a. C. y muere en el 406.

Es, por lo tanto, prácticamente contemporáneo de Sófocles, al que nos referimos en el drama anterior. Con Eurípides se cierra el ciclo de los tres grandes trágicos griegos. Ahora bien, fue mucho menos grato que Sófocles al público de Atenas.

Y ello se debe a que los grupos conservadores no veían con buenos ojos las innovaciones eurípideas, tanto a nivel de técnica dramática como en lo tocante a su intelectualismo progresista. Una consecuencia directa de este ambiente adverso se refleja en el hecho de que Eurípides sólo obtuvo cuatro victorias en los 22 concursos dramáticos a que se presentó. Sin embargo, fue muy diferente la estimación que le dispensó la posteridad, puesto que vemos que es el trágico griego del que se nos han conservado más obras.

En total, tenemos de él 19 piezas enteras, cuyos títulos son Encíclope, Reso, Alcestis, Medea, Hipólito, Écuba, Andrómaca, Los Heráclidas, Las Suplicantes, Heracles, Las Trollanas, Ión, Iphigenia en Táuride, Helena, Electra, Orestes, Las Fenicias, Iphigenia en Áulide y Las Vacantes. De todas formas, la obra titulada Reso plantea problemas de autenticidad a la crítica. Como característica general, podemos decir de Eurípides que es un auténtico hijo de la época democrática y liberal que le tocó vivir en Atenas.

Es un avanzado, un descontento de su tiempo, al que critica para irritación de parte de su público. De todas formas, es preciso hacer mención de cómo en un momento de su vida se siente desengañado y angustiado por la marcha negativa de la guerra del Peloponeso, y entonces cambia de orientación en la temática de sus obras y se inclina preferentemente hacia temas de la vida privada o por el análisis psicológico de sus personajes. El tema de la caída y grandeza del héroe también aparece en Eurípides, como ya sucedía con Esquilo y Sófocles.

Sin embargo, en Eurípides, en ocasiones el marco trágico está alterado. A menudo el derrumbamiento del héroe no se debe a una dosis de desmesura en su comportamiento, sino que más bien alguna divinidad es responsable. Esto, por ejemplo, es lo que tenemos en la solución que da Eurípides al tema legendario de la venganza de Orestes y Electra.

Al final de la tragedia Electra, y una vez que los dos hermanos han dado muerte a su madre Clitemnestra, en ese momento aparecen los dioses dióscuros diciendo. Venimos a Argos porque hemos visto caer herida por la muerte a nuestra hermana, que es tu madre misma. El castigo pudo ser justo, pero tu obra es mala.

Fue cebo, sí, que cebo mi amo es y lo venero. El que dio, aunque él es sabio, un fallo equivocado. Debemos acatarlo.

La ideología progresista e intelectual de Eurípides la vemos aflorar en multitud de ocasiones y

temas. Las palabras de Orestes en un momento de la tragedia Electra nos dejan ver la duda de Eurípides al plantearse cuál debe ser la correcta valoración de la persona humana, porque lo que de todo punto es claro es que el nacimiento no es en modo alguno elemento decisorio, dice Orestes. Ser un hombre bueno no tiene marca fija y el desconcierto rige a la humana progenie.

Cuántas veces he visto a un hombre al que engendró un noble padre, pero él se muestra como criatura vil y vi también nacidos de padres sin valor ni estimación, hijos que llegan a mostrar su nobleza. Mil veces vi prudencia y sabiduría muy grandes en un miserable y pobre cuerpo. Para juzgar a un hombre, ¿qué base escogería uno? ¿La riqueza? Es un pésimo juez.

¿La pobreza? Tampoco. Es falaz y fuente de necesidad que induce al hombre al mal. ¿Las armas son criterio? ¿Qué? Basta ver alguno con lanza para afirmar que es valiente.

En confusión tan grande es mejor dejar a la aventura y a lo imprevisto el juicio. Ante el problema de la ciudad, Eurípides tiene unas ideas muy concretas. Hace el elogio del régimen en el que imperan la igualdad, la piedad y la concordia.

Aborrece el poder tiránico. En la tragedia Las suplicantes hay constantes referencias a este tema. En un momento dado de la obra se nos dice.

¿Qué hay para un pueblo peor que un tirano? Se acabaron las leyes que quedan sólo escritas. Un hombre sólo manda. La ley es letra muerta.

Iguales no son ya los hombres. Pero si hay leyes fijas, si gobierna el derecho, tienen el mismo derecho el pobre que el rico. El de abajo puede responder y alegar.

Y si tiene razón apoyada en derecho, el pobre de abajo vence al rico tan alto. Libertad, dices. Oye, todo el que pueda debe dar consejos a su patria si lo haya justo.

¿Ves? Cada uno puede salir a la luz pública o esconder su grandeza si le place callarse. ¿Hay algo acaso mejor que esa igualdad? Otro punto donde se refleja el espíritu racionalista de Eurípides es el problema de la posición de la mujer dentro de la sociedad. En medio de una sociedad eminentemente masculina, como era la de Atenas en este momento, es natural que no fuesen muy bien acogidas las siguientes palabras de la heroína Medea en la tragedia que lleva su nombre.

De cuantos seres tienen alma y pensamiento, somos las mujeres los más desdichados. Primero, hay que gastar grandes caudales por lograr un marido. Ya lo tenemos.

Hay que hacer de él un déspota de nuestro cuerpo. De los males, quizá el más duro. Y el punto más difícil, ¿será bueno o malo? No se concede a las mujeres repudiar al esposo ni desatar el vínculo nuptial.

Y vayamos a esta nueva vida de casadas. Es preciso ser adivino para saber, sin que nadie nos lo

haya enseñado, cómo ha de tratarse al que comparte nuestro lecho. Tal vez se ajuste a nuestra manera de ser.

Es la dicha de las dichas. Llevará el yugo conyugal de buen grado. Pero si no, mejor la muerte.

Cuando un varón se hastía de la vida hogareña, se sale fuera a disipar su enfado, va con algún amigo o va con camaradas. Pero a nosotras sólo nos es posible dirigir la mirada a nuestro propio corazón. Sí, lo sé.

Dicen que nosotras pasamos la vida seguras en el hogar, sin pena, sin peligro. Y ellos van a la guerra. Combaten con la muerte a la vista.

Malpiensan. Tres veces quisiera antes estar a pie firme con el escudo que parir una sola. El espíritu racionalista de la Atenas del siglo V antes de Cristo es producto de la sofística, básicamente.

Este movimiento intelectual iba a replantear todas las creencias del griego medio. Y Eurípides es un abierto discípulo de esta escuela. Todo lo que hasta aquí llevamos dicho, nos lo ha ido descubriendo.

Pero aún más, Eurípides, siguiendo fielmente las directrices de la sofística, va a introducir la posibilidad de dar nuevas versiones del mito tradicional. Versiones nuevas estas que son no un retoque o ligera alteración de la narración tradicional, sino más bien un intento, a veces, de volver las cosas al revés. Veamos algún ejemplo.

Tradicionalmente, la figura de Helena era vilipendiada por haber cedido a sus pasiones amorosas por el troyano París y haber abandonado a su esposo Menelao. Helena y París huyen a Troya y, tras su captura, parte una expedición griega, lo que dará lugar a la guerra de Troya, tema de la Ilíada de Homero. Pues bien, Eurípides escribe una tragedia titulada Las Troyanas, donde se trata el tema de los horrores de la guerra a través del relato mítico sobre las cautivas troyanas repartidas entre los caudillos griegos tras la victoria.

En un momento de la obra, Helena es llevada ante la presencia de Menelao, su esposo, y a ruegos de Écuba se le concede la posibilidad de defender su conducta. Helena arguye así. París era juez del siguiente triple yugo de tres diosas.

De un lado, Atena, cuyo don a Alejandro era destruir la hélade al frente de la hueste troyana. Hera, por su parte, le había prometido ser rey de Asia y Europa si a ella París la elegía. Afrodita, a su vez, atrayendo la admiración hacia mi hermosura, prometió le entregarme si a las otras diosas sobrepasaba en belleza.

Y observa lo que siguió. Venció Afrodita a las diosas y mis desposorios todo esto supusieron para Grecia. No sois gobernados por los bárbaros sin echar mano a la lanza ni por medio de un poder tiránico.

Yo, arruinada por mi belleza, perecí a manos de aquello en lo que Grecia salió afortunada y ahora soy afrentada por aquellos de quienes era preciso que yo recibiera sobre mi cabeza una corona. En el terreno religioso, Eurípide se debate entre la tradición y las nuevas corrientes racionalistas. No puede decirse que Eurípide sea un hombre irreligioso.

Más bien hay en él un deseo de una nueva religión, más particular y menos oficial, con la que el hombre logre liberarse de sus angustias. Critica o niega, según los casos, diversas creencias tradicionales y tiende a una religión más personal y moralizadora. En su última obra, Las vacantes, hay un despertar religioso, una búsqueda de la fe por encima de toda crítica y toda posición intelectualista.

En un momento de esta obra, canta el coro. De boca sin freno, de demencia sin ley, el fin es la desgracia. La vida, de tranquilidad la prudencia, es doce inconmovible, y guarda de las casas, porque aunque lejos, desde el éter ven a los mortales los celestes.

No es sabio en sabiduría y en cosas no mortales meterse a pensar. Breve es la vida, y en ella el que busca lo mal, acaso ni lo cercano alcanza. De locos son estos modos, y de hombres insensatos me parece.

Ojalá llegase yo a Chifre, la isla de Acrodita, donde de dulces pensamientos los amores se reparten a los mortales, y a la tierra que con cien bocas las corrientes de un río bárbaro la hacen fértil sin lluvia. Ahora bien, como ya decíamos al principio, la degradación moral de Atenas a lo largo de la guerra del Peloponeso afectó a Eurípides profundamente, hasta el punto de que se expatrió a la corte del rey Arquelao de Macedonia, donde murió. Este giro se va a reflejar en su producción literaria, puesto que ahora Eurípides se centrará preferentemente en un tipo de literatura de evasión que se constituirá en un tipo de temática muy en boga en los tiempos posteriores.

Esta va a ser la causa por la que Eurípides será el autor trágico más leído. Estas obras de corte nobelesco están llenas de aventuras y desenlaces inverosímiles. Por ejemplo, Elión, Ifigenia en Táuride, Elena... Con ello, Eurípides se adelanta a la comedia nueva de la época helenística griega, y a través de esta comedia nueva, a una gran parte del teatro occidental.

Desde el punto de vista de la técnica dramática, debemos decir que el arte euripídeo es un tanto irregular y bastante menos hábil y cuidado que el de Sófocles. El coro tiene cada vez menos importancia en el desarrollo de la acción. A veces sus intervenciones son simples rellenos entre la actuación de los actores.

De todas formas, debe destacarse el lirismo patético que en ocasiones sabe infundir Eurípides algunas escenas, aunque a continuación puede incurrir en prosaísmo y verbosidad.